

Pues en una labranza de aquel suelo
Recogiendo virtud para la panza,
Se vino contra él un indezuelo
Diciendo: «No me cojas mi labranza».
Sobre lo cual los dos andan al pelo
Un rato, que no fué poca tardanza;
Y el Almonte, con ser hombre bastante,
Le pareció luchar con un gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
A los principios bien pensó amarrallo;
Pero fuéle tormento de garrucha,
Y por bueno tuviera ya dejallo,
Porque durante la terrible lucha
Vido cómo tenía piés de gallo.
Dijo: «¡Jesus! ¡Jesus!» y en el momento
El indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
A las débiles voces y al gemido:
Halláronle la cara rasguñada,
Ajeno de sus fuerzas y molido;
Y siendo la razon investigada,
Dijo lo que le había sucedido;
Y tiene hijos hoy aqueste hombre
En este reino, de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
Céspedes do después sucedió esto,
Y porque tal renombre no conviene,
Val de San Bartolomé le fué puesto,
El cual renombre de presente tiene,
Y el otro se quitó por ser molesto;
Pero, pues acabamos el digreso,
Justo será volver a mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante
En Sopatin entró, pueblo cercado
De cienagas que tiene por delante,
Bien proveídas todas de pescado:
Mostráronle los indios buen semblante,
Mas él siempre vivía recatado,
Tanto, que por los ver apercebidos
De sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
Cercados de agua, faltos de comida,
Envían á buscar mantenimiento
Cuatro mancebos en edad florida,
Que por el agua van, con detrimento
Y no con poco riesgo de la vida,
A cierta poblacion que está frontera,
Sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van á pié ligero,
Y un Ocampo llevaba piés bestiales;
Mas antes de tomar pueblo frontero
Los cercan con sus barcas naturales,
Embistiendo con Pedro Cocinero,
Uno de los soldados principales;
Y el impetu fué tal y tan violento,
Que el misero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
Apercebirse para su defensa:
El ánimo sobró, faltó ventura
Para que les suceda como piensa,
Porque su vida fué de poca dura,
Por ser los indios cantidad inmensa;
Y así fueron los miseros vencidos,
Y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, á quien esto fué visible,
Maldicen sus trabajos y fortuna,
A causa de que no les fué posible
Podellos socorrer en la laguna,
Y el riesgo do se vian ser terrible,
Sin hallar de canoas sino una
Capaz de dos personas solamente,
Sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
Con dos valientes mozos nadadores,
Para que Juan de Céspedes viniese
A los librar de pérfidos traidores;
La cual determinaron que saliese
Cuando faltasen claros resplandores:
Fué pues en ella Francisco Salguero
Con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,
En el plan las espadas sin rodela
Caminan, y desnudos de vestidos,
Con el obscuro nubló que los cela;
Pero con todo esto son sentidos
De bárbaros que hacen centinela:
Tocaron cuernos, dan grandes clamores,
Convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
Oyeron el ruido y estampida,
Al Salguero contaban con los muertos,
Y al buen Pero Martín no daban vida:
Salieron mil canoas de los puertos
Contra los que se ponen en huida,
Los cuales viendo ya tales estremos
Acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa
A nado van los dos via derecha,
Huyendo del clamor que los espanta
Y hace su carrera mas estrecha:
Al Salguero hirieron en la planta,
De la cual luego se sacó la flecha;
Al fin cada cual dellos persevera
Hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
Y riesgos y trabajos no crederos,
Encaminan sus pasos al estancia
Donde estaban los otros compañeros,
Que sería seis leguas de distancia,
Atravesando cienagas y esteros:
Llegaron pues á do se representa
Y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
La cual no fué de flecha venenosa;
Y la necesidad reconocida
Do la tardanza fuera peligrosa,
El Céspedes abrevia su partida,
Que punto de la noche no reposa,
Sino que por camino mal seguro
Siempre fué caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
De aquel que su victoria regocija,
Entró con belicoso rompimiento,
Sirviéndole la noche de cubija:
El cacique huyó de su aposento,
Pero prendieron la mujer y hija,
Y estas mujeres dos fueron capaces
Para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día
Para las rescatar con algun trueque,
Diciendo que si mal se les hacia,
Era por indios de Tamalameque,
De los cuales Alonso fué la guía,
A quien reconocian por su jeque;
Y que creyesen y estuviesen ciertos
Qué no tenía culpa de los muertos.

Vió pues el San Martín blanca bandera,
Y conoció por ella buen efeto:
Dió las gracias á Dios por verse fuera
Del riesgo no dudoso ni secreto,
Porque si Céspedes no socorriera,
Dudaban escaparse del aprieto:
Al fin durmieron juntos, y otro día
Dan orden á lo que les convenia.

Ayudaron los indios al pasaje,
Y diéronles también comida harta,
De que hicieron buen matalotaje,
Mandando que por orden se reparta:
Prosiguieron después aquel viaje
Que se llevaba para Santa Marta:
Y eso me da en rodeos que en atajos
Innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
Al tiempo que llegaron al Dorsino
Supieron de la muerte acelerada
De Lerma y residencia que le vino,
Fué nueva para ellos tan pesada,
Que cierto se volvieron del camino,
A no saber allí toda la sierra
Y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,
Sin uso de razon y gente dura,
No ir á socorrer á sus hermanos
En esta peligrosa coyuntura;
Pues si vinieran indios comarcanos
Abrieran para todos sepultura:
Llegaron pues setenta de los ciento
A tiempo que les dió sumo contento.

Dió luego residencia quien regia,
Y el golpe de la bolsa fué ligero,
Por llegar menos llena que vacia;
Pero toda la pena fué dinero,
Porque el doctor Infante mas lo habia
Por las botas que por el escudero;
Y así por vellos fiacos de costilla
Con menos que pensó volvió á su silla.

Mas luego como vino mandó fuera
Con gente y armas bien apercebido
Al diestro capitán Juan de Ribera,
Que nunca revolvió ni mas lo vido,
Por ser de Fedrimán en su bandera
Con sus soldados todos detenido,
Segun mas largo tengo declarado
En otra parte deste mi tractado.

Antes de se partir también habia
A tierra de caribes dirigido
Un cierto capitán dicho Mejía,
Su deudo, que con él era venido;
El cual dentro del tiempo que queria
Volvió de muchos indios proveido,
Y así como si fuesen de Etiopia
Este doctor llevó crecida copia.

Ningun indio rebelde hizo llano,
Por faltar militares aderezos,
Mas puso para ello de su mano
Por justicia mayor un Anton Bezos,
Que reconcilió lo mas cercano
Y deshizo no pocos estrompiezos;
El cual, aunque tenía feo nombre,
En todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,
Con subyeccion del ordinario yugo,
Hasta tanto que por aquella era
Al gran emperador don Carlos plugo
Dar por gobernador desta frontera,
A don Pedro Fernandez Luis de Lugo,
Del cual quiero tractar; mas determino
Descansar al principio del camino.

ELEGIA IV.

A la muerte de don Pero Fernandez de Lugo; donde se cuenta la llegada á Santa Marta con el gobierno de aquella provincia, y lo que sucedió durante su vida.

CANTO PRIMERO.

Cosa de risa es, ó ya de lloro,
Desembarcarse gente chapetona
En las regiones indicas do moro,
Con gran autoridad en su persona,
Y cómo piensa luego cargar oro
En virtud de lo mucho que blasona,
Y otros que truecan para volver ricos
En cueras y jubones los pellicos.

Y así muchos ocupan los navíos,
Para mas adornar el mortal vaso,
De calzas, gorras, plumas y atavíos
De terciopelo, tafetán ó raso,
Que para las entradas son baldíos,
Y de quien bosques hacen poco caso,
Porque para romper el espesura
Poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
Los negocios de Indias, y en España
Como si fuese pura verdad vende
Lo que sabemos ser acá patraña;
Y no sé con qué excusa se defiende
Aquel que tantos miseros engaña,
Haciéndoles creer que donde vino
Dejó montes cubiertos de oro fino.

T. IV.

Y así por mejorar su pasadía
Vienen mil hombres á peor estado;
E yo sospecho que por esta via
Fué don Pedro Fernandez engañado,
Persuadido, segun que se decia,
Por Francisco Lorenzo del condado,
Que de los de Bastidas fué primero,
Y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fué después casada
Con Céspedes, varon de cuyos hechos
En este nuevo reino de Granada
No pueden sus enojos ser estrechos:
Dejó generacion multiplicada,
Que por herencia tiene sus provechos,
Ganados con valor de su persona
En servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
Y fama de la hermana de María,
El don Pero Fernandez, cuyo intento
Fué siempre de cristiana hidalguía,
Demandóla por adelantamiento,
Demás del de Canaria que él tenia:
Fuéle por nuestro rey la merced hecha,
Y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
Como coadyutores del armada,
Luis Bernal y Gomez de Corrales
O del Corral, persona señalada,
Y Albaracin con otros principales,
Que fueron de la gente mas granada,
Deste reino también descubridores,
Aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
Con otros treinta y cinco de la era,
Con mas de mil soldados escogidos
Procuró de pasar esta carrera,
Con tantas variedades de vestidos
Como flores produce primavera:
Capitanes, alféreces, sarjentos
Y soldados con ricos ornamentos.

Fué general, por ser hombre bastante,
Su hijo don Alonso Luis de Lugo,
Y de lo ver con cargo semejaute
A ninguno del campo le desplugo;
Pero, como diremos adelante,
Para su padre cuasi fué verdugo
En lo dejar sin oro ni vajilla,
Huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fué justicia mayor el licenciado
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,
Varon en varias letras señalado,
El cual por su valor en el espada
Pudo llegar á ser adelantado
En este nuevo reino de Granada;
Y sé decir quel adelantamiento
Era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
Por maese de campo se pregona:
Don Diego Sandoval en él resina
El cargo con que vino su persona;
Fué capitán por ser persona dina
Ansimismo don Diego de Cardona;
También lo fué Diego Lopez Haro
Y Gonzalo Suarez, varon claro.

Don Pedro Portugal mando tenia
Y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
Cada uno con su capitania
Y en ellas valerosos caballeros,
Que tela de oro y plata los cubria,
Donde gastaron suma de dineros:
Vinieron otros hombres eminentes
De los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincon Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Canacho,
De cuyo valor mucho que se diga
Se dirá con verdad y sin empacho,
Pues cualquier dellos en mortal fatiga
Varon insigne fué con ser muchacho:
Vive por consiguiente Miguel Sanchez,
Terror grande de musos y de panchez.

49

Vive también Pero Rüz García,
Paredes Calderon, aquel de Ronda,
En cuyo merecer la musa mia
No puede hallar fondo con su sonda;
Ve Juan Rodríguez Parra nuestro día,
Y con los que se ven á la redonda
Hay Juan Rodríguez Gil, á cuyos hechos
Se deben grandes colmos de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,
Los cuales para todos hechos buenos
Nunca sus fuertes y veloces manos
Tuvieron encerradas en los senos;
Manchado y Salamanca, ya muy canos.
De enfermedad y de miseria llenos,
Con un Anton Rodríguez de Casalla
De manos prestas á cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes
De los jueces y gobernadores,
Por dar á los malsines y chocantes
Los ajenos trabajos y sudores,
Y verse de señores mendicantes,
Y ver los mendicantes ser señores,
Con ser descubridores y guerreros
En este nuevo reino los primeros.

También las herederas de defuntos
Tienen por acertadas ordenanzas
Que sean juveniles los trasuntos
De los que las dejaron con pujanzas,
Teniendo por mejores estos puntos
Que las primeras puntas de las lanzas;
Y en sus moradas lo que mas importa
Es ver calza follada y capa corta.

Mozuelos son los que con ellas valen,
Y el que era rompe-poyos es un Fúcar,
Y quieren que los curen y regalen
Con guisadillos hechos con azúcar;
Mas quierome volver á los que salen
De los puertos y barras de Sanlúcar,
Para se proveer en las Canarias
De muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene
En itálicas guerras instruida,
E ya la isla Tenerife tiene
La cantidad que digo recogida;
Y á todos les parece que conviene
Apresurarse para la partida,
Convidándolos con aviamiento
La bonanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;
Pusiéronse las velas en concierto;
Con viento procelífero navegan
Por altas ondas y por mar abierto,
Y dentro de cuarenta días llegan
A la querida Marta y á su puerto,
Tendidas por las gavias y otras partes
Flamulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,
Disparan tiros, tócanse trompetas:
Vereis luego de damas y galanes
Llenos bordos, cubiertas y jaretas;
Los soldados, sarjentos, capitanes,
Con plumas de avestruces y garcetas;
Miran por la ciudad mozos y mozas,
Y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera
Mozó gentil en Málaga nacido,
Que se dijo Gonzalo de Cabrera,
Soldado del ejército florido,
Qué les cayó á la mar andando fiero,
Y no pudo ser dellos socorrido,
Porque por ser aquel tiempo terrible
Amanar presto no les fué posible.

Cubríanlo los mares encumbrados,
Y así ruega la gente descontenta
A Dios que le perdona sus pecados,
Que de su vida no hicieron cuenta:
El joven con los ojos levantados
Al cielo da clamores y se alienta,
Rodeado de grave desconsuelo,
Porque ya no ve mas que mar y cielo.

Mas llama la limpsima Maria,
Estrella de la mar y lumbre nota,
Y así lo socorrió, pues aquel día
En demanda venia desta flota
Un rico galeon de mercancia
Y por los mismos rumbos y derrota:
Enfrente se le pone y al encuentro,
Y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,
Y allí las saludó segun su fuero,
Sin les manifestar en la carrera
La recuperacion del compañero,
Porque luego tomó la delantera
Y en Santa Marta se ancló primero
Dos días, y el armada ya venida
Admiracion causó vello con vida.

Desembárcanse luego los gentiles
Hombres con bizarrías y primores,
Que todos eran Héctores y Aquiles
Y aun en las apariencias muy mejores:
Tocan altos y bajos ministriles
Los pífaros y cajas de atambores;
Por orden se componen las hileras,
Tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,
Bríosos los mancebos y los canos;
Caminan sin tumulto ni bullicios,
En orden, con las armas en las manos,
Al templo de los santos sacrificios
A dar gracias á Dios como cristianos:
No pueden espresar breves cuadernos
Las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetas,
Tan delgados de zancas y pescuezos,
Que pudieran contalles las costillas,
Arrinconados con el Anton Bezos,
Contemplaban aquellas maravillas
De trajes y costosos aderezos;
Mas la contemplacion no fué sin mofa,
Como gente de no menor estofa.

Ni mas ni menos á recién venidos
Les parecia ver embalsamados
Cuando vian los rostros percutidos,
Viniendo todos ellos colorados:
Al fin burlaban de los mal vestidos,
Y esotros de los bien aderezados,
Considerando que la dura hambre
Había de ojear aquel enjambre.

No se vió mejor rato de alegría
Al tiempo quel alarde se miraba
Que oír á Manjarés lo que decía
Y disimulacion con que hablaba,
Aquel descuido con que respondia
A quien alguna cosa preguntaba,
Diciendo: «Yo no correré con gente
Que trae tantas plumas en la frente.

» Pues si quieren subir un alto monte
O desechar un reventon acaso,
Cada uno será Belerofonte
Ayudado de plumas de Pegaso,
Y podrán rodear un horizonte
Sin sudar cuera ni jubon de raso:
No yo que siempre subo por escalas,
Y flacos alpargates son mis alas.»

Uno decía y acudian todos,
Picando cada cual con su facecia
Por satiricos y dolosos modos,
De que en las Indias cada cual se precia,
Y Pedro de Madrid con sus apodos
Cuya dicacidad nada fué necia:
Aqueste fué de Eraso muy pariente
Y en dichos repentinos excelente.

Hombre de guerra fué y hombre de plaza,
Pero yo digo que sus apotemas
Si lengua torpe no los despedaza
Bien merecen tener sillas supremas;
Hoy posee su hijo Pedro Daza
Sus suertes que no son de las estremas;
Mas á la trisca vuelvo de aquel día,
Donde por todos ellos se decía:

Este se huella bien, aquel va tiesto,
Este como rocin hace corvetas,
Aquel segun las muestras de su gesto
Ha poco tiempo que dejó las tetas;
Mas yo bien creo que bailarán presto
A su pesar al son de las gambetas,
Cuando ya sin vigor y sin aliento
Les haga dar vaivenes flaco viento.»

Quiñones, que no tan liviano pisa,
Decía como cuerdo caballero:
«Mas es para llorar que para risa
Tanto bueno venir al matadero:
Quedará quien viviere sin camisa,
Sin humano favor y sin dinero;
Pues cada uno dellos, cuerdo ó loco,
En se valer así no hará poco.»

Las triscas y las moñas acabadas,
El Anton Bezos con el regimiento
Dieron á las personas señaladas
Segun sus pobres fuerzas aposento;
Y los demás tomaron por posadas
La claridad del sol y el fresco viento;
Después junto del mar y sus cesacas
Formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos
En estos pobres toldos se metieron,
Y digo peregrinos ó marinos
Porque dentro del mar se los pusieron;
Acudían allí de los vecinos
A conversar, mas ellas les dijeron:
«¿Dónde está la ciudad rica por fama
Que Santa Marta dicen que se llama?

» Y vosotros, vecinos sin provecho,
¿Cómo podéis vivir desta manera
En chozuelas cubiertas con helecho,
Y quel viento menea la madera,
Una pobre hamaca vuestro lecho,
Una india bestial por compañera,
Curtido cada cual, seco, amarillo,
Como los que castiga Peralvillo?

» Si por ventura es el mas decoro,
Segun las casas son y vuestra ropa,
El diablo se lleve vuestro oro
Y á vosotros también de proa á popa;
Pues cieno veo yo, que no tesoro,
Adonde los vestidos son de estopa:
No veo yo delante de mi cara
Gente con alpargate y antipara.»

Respondió Manjarés que está presente:
«Señoras, la ciudad es invisible,
La cual tiene muralla trasparente
A los grandes calores conveniente,
Y mas para recién venida gente,
El ardor de la cual es insufrible;
Tampoco podéis ver los aposentos
Porque son hechos por encantamientos.

» En lo demás de nuestras vestiduras,
Carnes curtidas secas y mal puestas,
Podríamos usar de bordaduras
Y poner en las gorras largas crestas;
Mas somos caballeros de aventuras,
Que siempre caminamos por florestas
Donde las guádubas y las yaurumas
Quitarian las gorras y las plumas.

» Y ningunos podrían ser correos
Lijeros para ir tras una huella,
Adonde se celebran los torneos
Y el baul ó la haba se desuella,
Porque todos corremos con deseos
De fajar con Angélica la bella
Y metelle las manos por los senos
Do se suelen hallar joyeles buenos.»

En tanto que estas cosas se reían
Y las mas necesarias ordenaban,
Todos mantenimientos descrecían
Y venideras faltas se lloraban,
Porque ni los antiguos los tenían
Ni los recién venidos los hallaban,
Ni había do poder cómodamente
Repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades
Y oviese de los aires inclemencia,
También crecían las enfermedades,
General corrupcion y pestilencia
De cámaras, de tales cualidades,
Que no se les hallaba resistencia:
El buen gobernador desconsolado
De ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,
Segun suele católico cristiano,
Con su solicitud, que no fué poca,
A todos procuraba dar la mano
Hasta quitar la cosa de su boca,
Con no se sentir él del todo sano,
Curando pesadumbres y zozobras
Con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos
Adminstrasen curas al doliente;
Y con que se morían por momentos,
A los entierros se halló presente;
No le faltaban tiernos sentimientos,
Pues lo que sienten todos él lo siente
Al fin en un angustia tan terrible
El hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,
Viéndolos padecer desta manera,
Parecióle ser cosa conviniente
Salir alguna gente sana fuera,
Pues todos deseaban ver la frente
Del indio que defiende su frontera,
Por ser comun á los que vienen rudos
Hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y así viendo de paz allí delante
Ciertos caeques, un capitán nuevo,
Decía: «Voto á tal, á mi montante
Son dos mil destos muy pequeño cebo,
Y en cualquiera recuento semejante
Haré yo lo que digo y lo que debo.»
Mas no fué menester tan gran partida
Para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada
Por aquellos lugares mas cercanos,
Cuando queria dalles cuchillada
Sus piés no se hallaban tan livianos;
Y así no fué montante ni aun espada
Parte para librallo de sus manos,
Antes flecha mortal vino volando
Con quel buen Salazar murió rabiando.

Debajo pues del celo que se apunta,
Que fué tomar los mas sanos consejos,
El don Pedro Fernandez hizo junta
Ansi de los modernos como viejos;
Mas en satisfacer á su pregunta
Los nuevos no podían ser parejos,
Pero habló con todos de presente,
Y así dicen que dijo lo siguiente:

«Caballeros, ya tienen entendida
Y les consta por públicos pregones
La causa principal de mi venida
A estas remotísimas regiones;
Es voluntad del rey obedecida,
Cédulas y reales provisiones:
Agora es menester que se comience
La obra quel esfuerzo y fuerza vence.

» Sabeis que en nuestras tierras y reposo
Teníamos mediana pasadia,
Y pasamos á Indias deseosos
De la hallar con mucha mejoría;
Mas si quisiésemos estar ociosos
Nunca podremos ver aqueste día,
Porque también acá como en España
Comerá quien se diere buena maña.

» Que sean mis razones pertinentes
Y sin desproporcion de la materia,
Estos hidalgos que tenéis presentes
Contarán maravillas de la feria:
Pues por ser todos hombres diligentes
Han podido vencer suma miseria,
Haciendo mil entradas y salidas
Para traer con qué pasar las vidas.

»Y tampoco no fué tan limitado
Lo que cogieron con su buena maña,
Que si por ellos fuese reguardado
No descansaran muchos en España;
Mas pensar quel majuelo vendimiado
Por mas que lo vendimien no se daña,
Hizo tener en poco la riqueza
Y también esperar mayor grandeza.

»A causa de tener por cosa cierta
Haber otras provincias estendidas
Donde no vive gente descubierta,
Sino gentes cubiertas y vestidas,
Hanse tornado muchos de la puerta
Que tienen las entradas conocidas:
Pues aquesta region que está doncella
Habemos de morir ó dar en ella.

»Porque, señores, no somos venidos
A reposar detrás de la cortina,
Ni conviene que estemos atendidos
A solamente lo de la marina;
Pues para buscar reinos estendidos
La voluntad del rey nos encamina,
Y también fué mi principal intento
Engrandecer este descubrimiento.

»Pues aunque se hallara más entero
Lo del mar y su gente más compuesta,
Ya veis que para tanto caballero
Es muy pequeña cabalgada esta:
Terreno con posible de dinero
Habemos de buscar, y es lo que resta,
Donde podamos mejorar estado
Y quien trabaja viva descansado.

»El viaje será de poca dura,
Segun da la razón quien lo cudicia,
Y en Dios confío yo que la ventura
A mi y á todos ha de ser propicia,
Para que de caverna tan obscura
Saquéis á clara luz esta noticia
Que conyecturo ser de gran substancia
Y no de menos honra que ganancia.

»Pero para que mas aseguremos
Los puertos que dejamos atrasados,
Conviene que primero castigemos
Algunos destos indios rebelados,
Y de sus bienes nos aprovechemos:
Haremos una via y dos mandados,
Comprando del despojo del salvaje
Las cosas necesarias al viaje.

»Quedará de tal suerte castigado
Que cese su molesta pesadumbre,
Y sabrá quien está mas alterado
Que tiene de mudar vieja costumbre;
E ya sea por fuerza, ya de grado,
Ha de venir á justa servidumbre,
Subyectando ciudad, lugar ó villa,
A la real corona de Castilla.

»Por tanto las guerreras compañías
Se pongan en el orden conveniente,
Porque dentro de tres ó cuatro dias
Vamos á visitar bárbara gente:
Veremos estas grandes valentías,
A las cuales yo quiero ser presente,
Y luego don Alonso Luis ordene
Aquello que mas viere que conviene.

Por don Alonso la voluntad vista,
Deseos y mandatos paternales,
Luego mandó también hacerse lista
De capitanes y otros oficiales,
Para que prestos para la conquista
Tuvieren los soldados principales:
Echase bandos, tocan atambores,
Alcabuets de bélicos ardores.

Capitanes, alférez y sarjentos,
Ansi modernos como los antiguos,
Alistaron aquellos ornamentos
Que suelen en la guerra ser testigos
O de victorias ó de vencimientos,
Que toman unos de otros enemigos:
El arcabuz, la lanza y el espada
Esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrian de la era
Demás y aliende los quince cientos,
Cuando de Santa Marta salen fuera
Soldados cantidad de novecientos,
Compuestos por el orden y manera
Que dan italianos documentos;
Mas en aquella tierra tal alarde
No puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen
Hileras ni formados escuadrones,
Sino que las industrias que se tienen
Nacen de las presentes ocasiones;
Ni los indios en rompimiento vienen
Hasta debilitar los corazones,
Pues diferentes altos fortifican
Y desde lejos á su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino
Que se desliza desde los altos
De galgas como piedras de molino,
Y aun por la mayor parte son mayores,
Que barren cuanto topan de camino
De los que tienen por competidores;
Y ansi no suelen ser malos avisos
Al subir de los altos ir divisos.

El campo todo va sin que se absconda,
No como lo hacia diestra gente
Cuando daban en los de la redonda
Con gran obscuridad táticamente;
Porque con clara luz suben á Bonda
Y en el mayor vigor del sol ardiente:
Vieron de indios cantidad inmensa
Con determinacion de su defensa.

Subian con el buen adelantado
Los caballos por ásperas laderas,
Haciendo vueltas por el otro lado
Por no poder subir el escalera:
Mas Céspedes, en un rucio rodado,
Que nunca se vió bestia mas lijera,
Subía por los mismos escalones
Por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,
Antes que concluyesen la subida,
Se les hicieron tres requerimientos
Con lengua de los indios conocida,
Para que dejen bélicos intentos
Y vengán á la paz si quieren vida,
Subyectando sus pueblos y cabañas
Al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con bríos singulares,
Burlando de las lenguas y las guías,
Defienden las entradas y lugares
Con sus acostumbradas valentías;
Mas Juan de Tapia y Gonzalo Suárez
Animan sus lustrosas compañías,
Y Céspedes que nunca quedó faltar,
Hasta poder llegar á lo más alto.

Piedras y flechas van enerboladas
Sobre quien sube con ligeras suelas;
Centellas ven salir de las espadas,
Quebrados los escudos y rodela;
Abollan cascos duros y celadas,
Derribanse también dientes y muelas,
Crecia por momentos la porfia,
Y cuanto mas duraba mas crecía.

Como si cuando soplan luego prende
En cantidad de leña viva llama,
Que tanto mas aquel furor enciende
Cuanto la ceban mas con seca rama,
Y con mas fuerza su calor estiende
Acia la parte donde se derrama,
Y cuantos mas son los atizadores
Las llamas y los humos son mayores:

Ni mas ni menos fué cuando subian
Los nuestros por los pasos referidos,
Pues unos, otros y otros acudian,
Y cuantos vienen mas, mas encendidos,
Hasta dar con los arcos que traían,
Después de ya los tiros consumidos:
Pero ya trompezando, ya cayendo,
Siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete
Al escuadron que vió mas atrevido,
Y con aquel valor que se promete
Los quitó del lugar fortalecido;
De españoles quedaron muertos siete,
Y Tapia, capitán, muy mal herido
De una crudelísima pedrada
Que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,
La gente de caballo se apresura,
Mas los veloces indios se subieron
En otras partes de mayor altura,
Quedando tres ó cuatro que murieron
Con bala de arcabuz ó jara dura:
Los españoles van en ese punto
A la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, segun se manifiesta,
Alcazar y morada de los reyes,
Y la cabeza dicen ser aquesta
De las que están subyectas á sus leyes:
Era de grandes casas bien compuesta,
Que suelen por allí llamar caneyes,
Donde no vieron ánima nacida,
Antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerían,
Con voces que les eran manifiestas,
Las cuales sus oídos ofendían,
Teniéndolas por duras y molestas;
Y si desde los altos respondían,
Son flechas venenosas las respuestas,
Tantas, que les hirieron seis caballos
Sin que pudiese cura remediallos.

Vista pues por el buen adelantado
La gran protervidad del enemigo,
Determinó que fuese castigado
En lo que se pudiese dar castigo;
Y ansi luego mandó ser abrasado
Por todas partes el lugar que digo,
Y los demás que van por las laderas
Talándeles también las sementeras.

El alférez mayor Anton de Olalla
Y el capitán Juan Ruíz Orejuela,
Con cuyas fuerzas en cualquier batalla
El mas fuerte y el flaco se consuela,
Mandaron á la gente que se halla
Con mechas, aderecen la candela,
Para que se conviertan en ceniza
Las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiento
Que sobre muchos otros tiene mando;
Vuelan luego con gran fuerza de viento,
Los bajos y los altos ocupando,
Sin que manifestasen sentimiento
Los indios que su mal están mirando;
Mas antes deseaban ver las casas
Do cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron
Las llamas del incendio riguroso,
Y luego visitaron y corrieron
A los valles de Cueto y Valhermoso,
Con mas los siete pueblos do tuvieron
Ningun espacio largo ni reposo,
Antes desde los altos y peñoles
Les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares
Perecieran enfermos castellanos,
Donde con instrumentos militares
Los acabaran indios comarcanos,
Si la virtud del capitán Suárez
No los quitara vivos de sus manos,
Y ansimismo don Diego de Cardona
Con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo
Iba su presurosa luz Apolo,
Y sus dorados rayos estendiendo
A las gentes que ven el otro polo,
Al tiempo que Suárez, conociendo
Que con su compañía queda solo,
Procura como capitán discreto
Sacar á sí y á todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina
A la parte de Bonda y á sus llanos;
Con él van Orejuela y el Urbina,
Que siempre los tenia mas cercanos,
Con Juan de San Martín, que los atina,
Por ser de los mas diestros baquianos,
Después de ya dejar incendio hecho,
Que fué de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Suárez ya ser idos,
Porque sin riesgo pasen la gran cuesta
(Por cuya causa fueron repartidos)
Entre los españoles contrapuesta,
Mandó que suban algo divididos,
Por tanta galga como los molesta:
Finalmente, pasaron sin desmanes
Donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso
Veneno, dieron luz á las candelas,
Y allí para tomar algun reposo
Asentaron real y ponien velas,
Por descansar el tiempo tenebroso
Debajo de fieles centinelas;
Mas el adelantado no reposa
Admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,
Y Apolo comenzañdo su carrera,
Mostrando por el alto de la cumbre
De la nunca domada cordillera
A la vista mortal aquella lumbre
Que da mas resplandor en la esfera,
El buen gobernador con Peña harta
Determinó volver á Santa Marta:

Llevando por delante los heridos
De los pestilenciales nocumentos,
Cuyas lamentaciones y gemidos
En él causaban tiernos sentimientos;
Y siempre que tocaban sus oídos,
Crecían sus fatigas y tormentos,
Viendo que sin que lleguen á las manos
Y sin ver quién, le maten sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado
Al hijo don Alonso que prosiga
El castigo que tiene comenzado
Con gente tan rebelde y enemiga:
El cual como valiente y esforzado
No rehusó trabajo ni fatiga;
Y ansi para cumplir sus mandamientos
Tomó destos soldados ochocientos.

Todos pasaron juntos por Origua,
Y después se partió la compañía,
El capitán Suárez á Bondigua
Y el general para San Juan de Guia,
Llevando gente de la mas antigua
Que ya los malos pasos conocía;
Y aunque pasos algunos se defienden
Ambos á dos llegaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron
Por ser su poblacion menos potente,
Y al capitán Suárez ofrecieron
Algunas buenas joyas en presente;
Salieron destos pueblos y subieron
A otra poblacion mas eminente
En gentes y posible, que se llama
El valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,
Mas que las otras gentes sus vecinas,
Los cuales fueron á las armas prestos
Cuando vieron venir las peregrinas;
Y por aquellos altos y recuestos
El valle se hundía con bocinas,
Hechas de las canillas de hombres muertos
Por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado
El Suárez al golpe de la gente:
A San Martín llevaba del un lado,
Varon en los recuentros excelente;
Otro colateral es Juan Cuadrado,
Alférez estimado por valiente:
Arrojan tantas galgas al instante,
Que vuelven mas atrás que van delante.

El español brioso y atrevido
Porfia con sudor en la subida ;
El bárbaro no menos encendido,
Procura de privarlos de la vida :
Süarez en la pierna fué herido,
Y aunque no fué de muerte la herida,
En comer y beber tuvo gran freno
Creuyendo ser la flecha de veneno.

No cesan de subir, y como vieron
Que ya no les podían poner rienda,
Los bárbaros sus casas encendieron
Antes que nuestra gente las encienda,
Y con flechas y piedras rebicieron,
Ayudados del humo, la contienda;
Pero los nuestros son superiores,
Haciéndoles tomar otros altores.

Después que por la poblacion entraron
Con una hambre loca y atrevida,
Sin consideracion se derramaron
Los mas dellos en busca de comida :
Viendo que del buen orden no curaron
Ni fué su voluntad obedecida,
El Süarez mandó que con la hoja
El alferez Olaya los recoja.

El cual luego partió como una jara
Con la rodela y la espada lista,
Y como por su mando no repara
Un mancebo Bermejo, polvorista,
Dióle tal cuchillada por la cara,
Que fué ventura no perder la vista :
El golpe fué debajo de las cejas
Tan largo que tocó las dos orejas.

Aprieta la herida con la mano
El misero, pidiendo luego cura :
Fué el capitán Cardoso, cirujano,
En medio del hervor desta presura,
El cual en breve tiempo le dió sano,
Sin quitar el barniz desta pintura,
Por no ser poderosos mil alcaldes
A limpiar tan pesados álbayaldes.

Viendo quemadas ya por el vecino
Aquellas afamadas poblaciones,
Los nuestros apresuran su camino
Al pueblo que llamaban de Quiñones ;
El Juan de San Martín con ellos vino
Guiando por forzosos reventones,
Los cuales ya tenían ocupados
Indios de todas armas pertrechados.

Quando llegaron á la postrer cuesta,
No pudieron tomar algun reposo,
Porque segun el indio los molesta
O subir ó morir era forzoso ;
Y el capitán Süarez hizo presta,
Para subir el paso peligroso,
Compañía de sueltos rodeleros,
Yendo con ellos él de los primeros.

Los pasos desta sigue la restante,
De diferentes armas pertrechada,
Llevando con buen orden por delante
Aquella bien compuesta pavesada,
Con tiros de arcabuz porque se espante
La bárbara canalla, confiada
De dar á sus deseos cumplimiento
Sin ellos recibir desabrimiento.

De bárbaros que tienen mas enfrente,
Ante que concluyesen la subida
Vino de flecha y piedra tal creciente
Que se ven en gran riesgo de la vida ;
Y aun con los areos dan á mantenimiento,
La municion de flechas consumida :
Los golpes insufribles de desnudos
Atormentan y quiebran los escudos.

Como en tinieblas, muerta ya la lumbre
Y el oficio divino concluido,
Que hacen, de católica costumbre,
Con palos y matracas gran ruido,
En memoria de aquella mansedumbre
Del justo que por Judas fué vendido,
Y aquella multitud de roncos sonos
Entrístecen cristianos corazones:

Deste jaez y muy mayor estruendo
Resulta de los palos y pedradas,
Que para los oídos es horrendo
De los que llevan piernas fatigadas,
Al tiempo que la cuesta van subiendo
Sin poderse valer de las espadas,
Unos enhiestos y otros de rodillas,
Y del sudor cubiertos las mejillas.

Animan con cornetas los de fuera
Que son hechas de grandes caracoles,
Pero con todo esto persevera
La fuerza de los nobles españoles,
Hasta que ya subieron la ladera
Ahuyentándolos destos peñoles,
Adonde descansaron un buen rato,
Pero no sin temor y sin recato.

Porque segun aquellas ocasiones,
Los tiempos de quietud eran escasos,
Y para ir al pueblo de Quiñones
Restaban de subir dos malos pasos ;
Y así tomó Süarez de peones
Los mas lijeros y los menos lasos,
A fin de descubrir aquel engaño
De donde les podia venir daño.

Siguieron los demás á los primeros,
Segun guerreros usos ordenados ;
Indios algunos ven por los oteros,
Pero los pasos desembarazados ;
Procuran de hacer los piés lijeros
Antes que se descubran mas nublados :
Finalmente, llegaron al asiento
Sin ver alborotado movimiento.

Hallaron ya la gente retraida,
Vacías las moradas y aposentos,
Pero dentro gran copia de comida
Que no fué lo menor de sus intentos ;
Porque de la larguísima corrida
Todos iban cansados y hambrientos :
Componen las dormidas y las cenas,
Que después pagarán con las setenas.

Viendo cómo queria coger heno
Para cama cansado caminante,
Süarez dijo : « Por consejo bueno
Ternia que pasemos adelante ;
Salgamos de tan áspero terreno,
No hallemos en él quien nos espante ;
Porque destas señales se barrunta
Que se va convocando grande junta. »

El San Martín, que llevan por piloto,
Le respondió : « Señor, en este puesto
Ningun temor tengamos de alboroto
De indio que nos pueda ser molesto. »
Ayudáronle todos con su voto,
Porque por ir cansados quieren esto ;
Y así reparte quien el cargo tiene
Las velas por el orden que conviene.

Fuéles la cena bien aderezada,
Pues el mismo señor es el criado,
Y sería la mas aventajada
Algunos puños de maíz tostado,
Y alguna batatilla mal asada
La sustancia mejor de lo guisado ;
Y así durmieron en aquella cumbre,
Sin que nadie les diese pesadumbre.

Al tiempo ya que la febea llama
Comienza de dorar la verde planta,
Y en el altor de la tremente rama
El ave con arpada lengua canta,
El español de la terrestre cama
Las armas en la mano se levanta,
Y el bárbaro también por su partido
No sale menos bien apercebido.

Los nuestros bajan luego la ladera,
Segun les pareció que convenia,
Guiando San Martín esta carrera
Acia la playa de San Juan de Guía,
Adonde don Alonso los espera
Con caballos y buena compañía ;
Pero por donde van, tienen los puertos
Infinidad de indios encubiertos.

Pasando pues por un lugar estrecho,
Temerosos y bien apercebidos,
De los indios que estaban en acecho
Algunos españoles son heridos
De yerba ponzoñosa, y esto hecho,
Con gritas atormentan los oídos,
Demas de los crujidos de las cuerdas,
Cuyos encuentros son manos izquierdas.

Segun suelen venir granizos gruesos
De la region del aire congelados,
Que lastiman las carnes y aun los huesos
De las aves, conejos y venados,
Y también los rüidos son espesos
De los golpes que dan en los tejados :
Tal y tan grande estruendo se hacia
Al tiempo que se da la batería.

Los diestros y los menos enseñados
En aquestas belijeras escuelas,
Estaban de rodillas encorvados
Detrás de los escudos y rodelas,
Que traspasaban tiros regulados
Como si fueran delicadas telas,
Animismo clavando con la punta
La carne que al escudo hallan junta.

Un terrible gandul, ya viejo cano,
Por el lugar mas descubierta corre,
Con solas siete flechas en la mano
Y sin contrario tiro que lo borre :
Hirió con cada una su cristiano,
Y entrellos al buen Gomez de la Torre,
Cuyo rabioso fin, triste y amargo,
Un dia natural fué lo mas largo.

Como creciese pues esta presura
Y el ímpetu de flechas insufrible,
Por estos capitanes se procura
Segun el orden que les fué posible,
Sacallos del mal paso y angostura
A parte mas capaz y conveniente,
Donde de los heridos, hecha cuenta,
Hallaron cuatro menos de cuarenta.

En apartándose de los flecheros,
Como ya por la playa caminasen,
Despacháronse ciertos mensajeros
Al don Alonso, que le demandasen
Caballos con algunos compañeros,
Para que los heridos se llevasen ;
Y entre tanto lavaron las heridas
Con aguas de las ondas desabridas.

Pues médicos de rústica Minerva
Les dijeron hallar por esperiencia
El agua de la mar ser contrayerba
Buena contra rabiosa pestilencia ;
Usada ya por indica caterva,
Lavándose con suma diligencia ;
Mas ha de ser brevisima corrida
La distancia del agua á la herida.

Pero la medicina mas segura
Es no se ver los hombres en estrecho,
Que de la dicha ni de mejor cura
Tenga necesidad humano pecho ;
Pues en esta presente desventura
El remedio mejor fué sin provecho,
Porque de las personas mal heridas
Dos ó tres escaparon con las vidas.

Dadas las nuevas en San Juan de Guía
A nuestros castellanos escuadrones,
Y conociendo cuánto convenia
El cumplimiento destas peticiones,
Don Alonso de Lugo les envia
Soorror de caballos y peones ;
Siendo nombrado para su despacho
Por caudillo Bartolomé Camacho,

Mancebo natural de Villafranca,
Señalado lugar de Estremadura,
A quien valor y brio no le manca,
Segun muestra su buena compostura :
Porque con el honor de barba blanca
Lo vemos en aquesta coyuntura,
Y es testigo fiel de lo que escribo,
Por vivir en el pueblo donde vivo.

Hicieron pues sus pasos diligentes
Orillas de la mar y sus resacas,
Hasta que ya toparon los dolientes,
A los cuales traian en hamacas
Que de cristianos hombros van pendientes :
Y como no podian fuerzas flacas
Comportar los heridos ni llevarlos,
Pusieronlos encima de caballos.

Puesto caso que no sin embarazos
De prisiones y fuertes ligaduras,
Porque después de hechas mil pedazos
Las ropas y sudadas vestiduras,
Se mordian las manos y los brazos
Con estridor de dientes y bramuras,
Retorciendo los labios y la boca
Quando la yerba las entrañas toca.

Destá manera fueron caminando
Hasta San Juan de Guía, do primerc
Dimos razon estallos esperando
El resto del ejército guerrero,
Y donde con temblores y rabiando
Vieron los mas su dia postrimero ;
Y el dicho general por su persona
Determinó de entrar hasta Tairona.

Aderezáronse como convino
Para volver al belicoso juego :
Llegaron por el término marino
A la boca del rio de Don Diego ;
Por montuoso y áspero camino
Para Tairona se partieron luego
Entraron sin ver indica presencia
Y sin que les hiciesen resistencia.

Por bajo valle va nuestro estandarte
Mirando poblaciones y culturas,
Puestas en las laderas de tal arte
Que hacen las subidas mal seguras ;
No faltan flechas de una y otra parte
Encaminadas desde las alturas,
De las cuales en un angosto puerto
Uno de los soldados quedó muerto.

Como la fusca noche se venia
Quedando sin color sierra nevada,
Y del largo camino se sentia
La castellana gente fatigada,
En parte que segura parecia
Don Alonso mandó hacer parada ;
Y á causa de peligros evidentes
Se señalaron velas convinientes.

Los indios, pocos pasos de desvío,
Pusieron animismo veladores,
Y de una y otra parte de aquel rio
Tocaban infinitos atambores,
Con grita que denota gran gentío
Por cima de los ásperos altores ;
Y el ruido les fué tan enojoso,
Que no tuvieron punto de reposo.

Don Alonso de Lugo, conociendo
La grande multitud que se venia
Por una y otra parte recogiendo
De aquella salebrosa serranía,
Determinó de irse retrayendo
Sin esperar allí la luz del dia ;
Porque si los tomaran las salidas,
Todos corrian riesgo de las vidas.

En el tiempo que ya la lumbre pura
Del radiante hijo de Latona
Iba restituyendo su blancura
A la nevada cumbre de Tairona,
Los españoles tienen el altura
Acercándose mas acia Marona,
Sin sacar otra cosa destos senos
Sino cansancio y un cristiano menos.

Teniendo ya la playa por amparo
Y el frescor de los vientos oceanos,
Acuerdan reposar el dia claro
Para de noche dar en los hermanos,
Que fueron Marubare y Arobaro,
Caciques que tenían mas cercanos,
De los de la Ramada descendientes,
Aunque de su riqueza diferentes.

Porque como se viesen perseguidos
Del cùpido furor de los de España,
Estaban con sus gentes recogidos
En un cierto rincón desta montaña,
Pero no tan secretos y abscondidos
Que no los descubriese buena maña;
Pues muchos días antes la cudicia
Había dado guías y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino
Y el fuego mitigado de la siesta,
Cada cual desta gente se previno
Para romper con los de la floresta;
Pero yo de cansado determino
De no decir agora lo que resta,
Por querer Arobaro y Marubare
Que con segundo canto se declare.

CANTO SEGUNDO.

Donde se tracta cómo dieron de noche en los dos hermanos,
y lo que mas sucedió.

Suelen tener mundanas condiciones
De bondad y virtud galaná muestra,
Y acaso no seran sus intenciones
De declinar á via mas siniestra;
Pero metidos en las ocasiones,
Cudiciosa maldad les es maestra,
Para meter en su hambriento seno
Aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede huir desta sentencia
Don Alonso de Lugo, pues tenía
De liberalidad gran apariencia,
Urbanidad, nobleza, cortesía,
Pero no poco suelto de conciencia,
Segun fueron las muestras aquel día,
Después que ya vinieron á sus manos
Ricas preesas de los dos hermanos.

Y así fué que, metiéndose las riendas
De flegon y pirois en las obscuras
Ondas, y se tendiendo las horrendas
Tinieblas con sus ciegas ligaduras,
Entran los españoles por las sendas
Angostas de las dichas espesuras,
Cuyo camino nadie, segun era,
Sino sola cudicia lo siguiera:

Trabados de las ropas y vestidos,
Porque con vista no se comprehenden,
Y así los unos de otros van asidos
Tentando los caminos que pretenden;
Y si quedan algunos divertidos
Por silbos se convocan y se entienden,
Dejando los caballos en la playa
Por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina
De los pasados robos y despojos,
Sin sentir el garrancho ni el espina
De tunas, de cardones ni de abrojos,
Cuasi toda la noche se camina
Quebrándose las piernas y los ojos,
Hasta tanto que ya llegaron junto
De donde no vivian sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales
Iban mostrando sus dorados frenos,
Y con su resplandor rayos febles
Perturbaban coríferos serenos,
Vieron venir algunos naturales
De puestos do velaban los mas buenos,
Y ya viendo faltar nublitos oscuros
Pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,
Para salir en salvo con su hecho,
Entre verdes maices y frisoles
Estaban todos puestos en acecho;
Y cuando los purpúreos arboles
Herian la ladera y el repecho,
Tenian numerados los caneyes
Y las moradas destes dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,
Al punto y hora que salir querian,
Un asno daba grandes rebuznidos
Que los indios allá arriba tenían:
Espantáronse todos los oídos
De aquellos que la voz reconocian;
Y es porque por allí después ni antes
Nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subia por escalas
Para ir á tan ásperos terrenos,
Decian: «Si son asnos tienen alas,
Y es imposible cosa que sea menos;
Y si son indios, son señales malas,
Pues dicen que porque vamos sin frenos
Nos tienen de hacer tales regalos
Que saquemos á cuestras muchos palos.»

Uno que se decia Mala-testa,
Estranjero y estudiante bueno
Dijo: «Podría yo hacer apuesta
Que debe ser el asno de Sileno,
Cuyos roznidos en aquella fiesta
Levantaron á Lótide del heno;
Y así quiere que acá nos levantemos
Para dar fin á lo que pretendemos.»

»Mas á fe que si desta yo me escapo
Y salgo sin herida del bullicio,
Que nos tiene que dar un gentil papo,
Pues no puede hacer otro servicio,
Antes que los devotos de Priapo
Lo lleven para dar en sacrificio.»
Fuéronse pues con tácito semblante
Al pueblo que tenían por delante.

Por barrios va digesta y ordenada
Su población, no grande ni pequeña,
Pero fuerte si fuera bien guardada,
Por rodear los altos viva Peña,
Y por la parte baja rodeada
De fondos pasos y de espesa breña:
Entradas cuatro son en cuatro cuestras,
Para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martín de noche la había
Explorado con otros atrevidos,
Y así fueron los desta compañía
Por todas cuatro partes repartidos.
Dan; Santiago! con la luz del día
En los vecinos desaparecidos;
Mas todavía con algun reparo
Salió de sus caneyes Arobaro,

Deseando que sepan lo que vale
Golpe librado de su brazo fuerte,
O que ya su desdicha lo regale
Con el postrero trago de la muerte;
Mas al encuentro don Alonso sale
Por le caber aquel lugar en suerte,
En el cual se halló con tal congoja
Que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,
El Arobaro luego tocó cuerno,
A cuyo ronco son sobresaltadas
Acuden las que son de su gobierno,
Con tantos dardos, flechas y pedradas,
Como gotas espesas en invierno,
De tal manera, que quien vencer piensa
Tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene
El pelear en parte mas exenta,
En ciertas angosturas se detiene
Hasta que se mitigue la tormenta,
Contra la cual, segun terrible viene,
Apenas don Alonso se sustenta;
Y no menos andaba de caída
La otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate
El San Martín y el capitán Suárez,
El viejo Marubare los rebate
Y hace retirar de sus lugares,
Con determinación que se remate
La causa de sus lloros y pesares,
Y de una vez perder vital subyeto
O los que lo traian inquieto.

Mas Juan de San Martín que lo conoce,
Le dice: «Date, date, Marubare,
Pues sé que de cualquier crimen atroce
Aquí no faltará quien te repare;
Y si no, contra puntas tiras coce,
Y mas cuanto tu furia mas durare:
Date de paz, y no salgas armado,
Y alcanzarás perdón de lo pasado.»

El Marubare desto no se cura;
Antes decia, dándole gran priesa:
«Crüel guerra con vos es mas segura
Que cualquiera pacífica promesa,
Pues toda vuestra paz es maldad pura
Y á todos buenos términos aviesa;
Y cuando de la paz luce centella,
Es para nos robar debajo della.»

»Y pues tenéis memoria del estrago
Que en españoles hice, con despecho
De ver que la amistad, amor, halago,
Fué contra nos el mas sutil asecho,
Acordaos también que yo no pago
Con matar mil al mal que me habeis hecho;
Y así quiero hacer ya confianza
No de palabras, sino de mi lanza.»

Estando pues en peso la porfia,
Enemistad antigua y homecillo,
El don Pedro de Portugal había
Entrado dentro ya por su portillo
Con la compañía que con él venia,
Sin Marubare vello ni sentillo,
Hasta que por el uno y otro lado
Se vido de españoles rodeado.

Avivanse los golpes al momento;
Enciéndose de nuevo la batalla;
Orejuela mostró su buen aliento,
Sus proezas el alférez Olalla;
El Marubare de su pensamiento
Y determinación atrás se halla,
Pues cuando su victoria se declara
Adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente
Que con favonio próspero navega
Para tomar el puerto donde siente
Tener seguridad después que llega,
Y junto se levanta de repente
Alguna procelifera refriega,
Haciéndola volver desde la puerta
Donde la vida tiene por incierta:

Al dicho Marubare y Arobaro
Con fortuna lo tal les acontece,
Pues cuando les mostraba rostro claro
En ese punto se les escurece,
Y al suelo que tenían por amparo
La sangre de los suyos humedece;
Y visto no yalletes buena maña
Procuran de huir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores
A poner en efecto la huida;
Mas usando de bélicos furoros
Impide don Alonso la salida:
Y así prendieron estos dos señores,
Sin querer despojallos de la vida,
Pero toman preesas y tesoro
Con mas quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron
Que de los indios era mara villa,
Y para lo subir allí dijeron
Que fué con palos hechos angarilla;
Al cual con otras cosas mas ovieron
De naves que venian de Castilla
Y dieron al través en estos puertos,
Donde los navegantes fueron muertos.

Y así salieron en sus escuadrones
Los indios cuando fueron salteados,
Algunos con camisas y jubones
Y muchos con bonetes colorados:
Hallaron hachas, palas, azadones,
De que se aprovechaban los soldados,
Y ropas que los bárbaros deseaban
Y á nuestros españoles aprovechan.

El bélico despojo recogido,
Y presos con el rey muchos vasallos,
Con escuadron muy bien apercebido
De gente que sabía reguardallos,
Fué por el don Alonso proveído
Bajar luego do estaban los caballos,
Y en hombres del ejército captivo
Mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones
Los indios lo bajaron á lo llano,
Y aprovechó después en ocasiones
Que suelen ocurrir al baquiano;
Y aun fué descubridor destas regiones,
Pues á este nuevo reino vino sano
Y el primero que destes animales
Vieron en esta tierra naturales.

Juniento y adjumento del entrada
Fué para nuestras gentes peregrinas,
Al menos á los de la camarada
Del sarjento mayor dicho Salinas,
Persona por sus obras señalada,
Las cuales fueron de memoria dinas:
Cuyo consorte fué Juan de Montalvo
Hoy en aqueste reino sano y salvo.

Llevaronlo también á la jornada,
Llamada por antiguos del Dorado,
Que hizo Fernán Perez de Quesada,
De do volvió después desbaratado;
Y el padre fray Vicente Requejada,
En tiempo que fué pasto regalado,
El cuero le quitó de las costillas
Y convirtió las tripas en morcillas.

Llegados pues al mar y á su ribera,
Como ya descansasen y comiesen,
A los indios quitaron la collera
Mandando que á su pueblo se volviesen;
Y siendo los deseos de cualquiera
Quel oro y los despojos se partiesen,
Buscando don Alfonso dilaciones,
A todos les hablo tales razones:

«Cierto, señores míos, no creyera
De los mortales cosas tan estrañas,
Si por mis propios ojos yo no viera
Vuestras proezas, hechos y hazañas,
Do ninguna nacion prevaleciera
Sino solo valor de las Españas,
Cuyas heroicas obras ya son tales
Que me parecen sobrenaturales.

»La fama por España publicaba
Ser cada natural un mostro fiero,
Y grandes maravillas nos contaba
Quien destas cosas era pregonero,
Y entonces yo confieso que pensaba
Que hacían de pulga caballero;
Pues agora que todo lo tanteo
Lo dicho cifra fué de lo que veo.

»¿Quién pudiera creer tanta miseria
Como padecen hombres en conquistas?
¿Quién osara decir en nuestra Hesperia
Cosas de los humanos nunca vistas?
Al fin, señores, sois rica materia
Para los curiosos coronistas,
Y serán vuestros hechos duraderos,
Con espanto de siglos venideros.

»Lo substancial es esto; y en la paga,
Que los hombres de bien tienen en menos,
También es justa cosa que se haga,
Pues por ella se mueven muchos buenos;
Mas no hallo valor que satisfaga
A hechos tan heroicos y tan llenos,
Y menos el caudal desta jornada,
Que es para cada cual menos que nada.

»Mas esa cantidad que recogida
Tenemos, es razon que se reparta,
Y sea por cabezas dividida,
Pues de lo justo nada nos aparta:
La cual repartición será cumplida
Llegados que seáis á Santa Marta,
Y entre tanto seré yo tesorero
Y fiel guardador deste dinero.

«Véalo mi señor padre primero,
No diga si lo doy que lo destruyo;
Porque después en ley de caballero
Os empeño mis barbas, y concluyo
Con que luego que haga lo que quiero,
Cada uno de vos habrá lo suyo,
Y gozará de aquello que tuviere,
O hará lo que bien le pareciere.»

Vista por caballeros y peones
La práctica, de fraude no distinta,
A muchos contentaron sus razones.
Y algunos también dieron en la punta,
Reconociendo ser sus intenciones
Llevallo todo y aun la parte quinta;
Al fin los pretenses de la presa
Han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,
Don Alonso de Lugo determina
De ver el morador de la Ramada
Que con aquellos términos confina,
Pasando por la tierra levantada
De Marona, que al mar está vecina,
Do hallaron ramadas y bubios
De moradores ya todos vacios.

Cavaron dentro dellos los que fueren
Instituidos para tal cuidado,
Y también algun oro descubrieron
Que los indios dejaron enterrado:
Todo lo cual al don Alonso dieron,
No sin desabrimento del soldado;
Y como no hallaron bastimento
La hambre los sacó de aquel asiento.

Al río de la Hacha fué la gente,
Y no mucho compás de su ribera
Hallaron una casa prepotente,
Dentro sobre mil indios de madera,
Del altura que tienen comunmente,
Hincados por buen orden en hilera,
Que debían de ser antecesores
De los guanebucanes y señores.

Mas como no hallasen sementera
Ni de dónde tomar mantenimientos,
El portugués don Pedro salió fuera
Con soldados que fueron cuatrocientos,
Que todos ellos van á la lijera
Acia la parte de los lestes vientos,
A buscar grano por alguna via,
Porque toda la gente perecia.

Y al paraje del Cabo de la Vela,
Por do todos andaban mariscando,
Vieron ya cerca cierta carabela
Que por la costa viene navegando:
Hicieronle señales con candela,
Y con un paño blanco van llamando;
Acuden á la seña marineros,
Y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,
Llegaron donde ven el blanco paño,
Pero no sin recelo ni recato,
Presumiendo que puede ser engaño;
Mas los que libres eran de mal trato
Manifestáronles su grave daño,
Diciendo que les vendan alimento
Y pidan el valor á su contento.

Vuelven los marineros á la nave
Y dieron al maestro su mensaje,
Y en el batel echaron cuanto cabe
De lo que llevan por matalotaje,
Que fueron grandes tortas de cazabe
Y sazoadas puestas de caruaje:
Volviéronles á dar este consuelo,
Puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquite se les echa
Lo que pudo curar hambrienta llaga,
Y vuelven á remar via derecha,
Sin querer recibir por ello paga:
El don Pedro con esto se pertrecha
Hasta que halle dónde se rehaga;
Y despedidos deste navegante
Procuran de pasar mas adelante.

Atravesaron á las cordilleras,
Por parecelles ser tierras mas gratas,
Y así hallaron ciertas sementeras
De ayuamas y de yucas boniatas,
Con mas otras raíces comederas,
Que son pericaguazos y batatas,
De que fueron costales proveidos,
Pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,
Por mas presto volver á la Ramada,
Acertaron de dar en un pantano
O ciénaga prolija y ampliada,
Do con el sol ardiente del verano
La gente se sintió muy fatigada,
Y del número dicho quasi todos
Andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,
Que no puede hallarse por tacha,
Fué por haber comido mucha yuca,
Que á los mas confiados emborracha,
Porque con el sabor los embabuca
Y con malos efectos nos empacha:
Desta perniosisima dolencia
Só yo fiel testigo de esperiencia.

Porque viniendo cinco compañeros
Atravesando cumbre de una sierra,
Mendoza, Benavides y Cumeros,
Bien conocidos en aquesta tierra,
Y un Juan Diaz é yo, con piés lijeros,
Por ser aquel compás todo de guerra,
Hicimos noche dentro de unas matas,
Y fué la cena yucas boniatas.

E ya que descansábamos un poco
En las húmidas camas de helecho,
El Juan Diaz andaba como loco;
E yo que le reñía su mal hecho,
Con ojos y narices tierra toco,
Con bascas y congojas en el pecho,
Sin fuerza, sin vigor y sin aliento,
Y quasi sin ningun entendimiento.

Y así también la gente que camina
Por el dicho lugar de todos lleno,
Con el ardor del sol se desatina
Por el manjar que al fin tiene veneno:
Quedaron pues allí sin medicina
Cuarenta y cinco dellos en el cieno;
Pudieran, segun dicen, remediallos,
Mas los sanos no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,
E un Pablo Fernandez que los guía,
A gran priesa caminan con el resto
A do su general los atendia;
El cual, aunque de todos supo esto,
Ningun justo socorro les envia:
Así que perecieron los cuidados,
O por manos de indios ó ahogados.

Puestos en la Ramada referida,
Sin dar remedios al desmán que digo,
A Santa Marta hacen su partida,
Sin que puedan hacer otro castigo;
Y al volver mucha gente fué herida
En el áspero paso de Rodrigo,
De manera que de soldados buenos
Indios hicieron los doscientos menos.

Y un peon extranjero, que nombrallo
No sabe quien la pluma me gobierna,
A Gomez del Corral mató un caballo
Cortándole gran parte de la pierna,
Y debió de meterse por guisallo
En alguna fondisima caverna,
Porque después que hizo el desconcierto
No pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana
De Bonda, do llegaba nuestro bando,
Hizo parar la gente baquiána
Aquel que sobre todos tiene mando,
Dándoles á entender que tiene gana
De que se queden ellos descansando
Y solo quiere ir á dar la nueva
De lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje
Con mozos que le fueron mas acetos;
E yendo prosiguiendo su viaje,
Descubre don Alonso sus concetos,
Segun quieren decir, á cierto paje
De quien él confiaba sus secretos;
Y porque no me tengan por prolijo
Brevemente diré lo que le dijo:

«Quiérote descubrir, mi buen Saucedo,
Negocios que requieren confianza,
Y es que quiero salir de do no puedo
Valerme de caballo ni de lanza,
Y donde vale mas un flaco dedo
Que brazo de vigor y de pujanza;
Y mi partida tiene de ser cierto
En las naos que esperan en el puerto.

»Es menester que sigas mi consejo
Con pronta voluntad fiel y leda,
Porque quiero, pues hay buen aparejo,
Acogerme con toda la moneda:
Que la necesidad de nuestro viejo
Otro la suplirá, y acá se queda,
Do cada día pueden hacer presa,
Pues que la tierra pone larga mesa.

»Su parte tienen harto merecida
Todos estos valientes compañeros;
Pero, ¿quid inier tantos, por tu vida,
Siendo breve la copia de dineros?
Es algo para mí, mas repartida
Por tantas vias y desaguaderos,
Los tesoros no bastarán de Juno
Ut modicum accipiat cada uno.

»Demás de que yo tengo mis porciones,
Y á todos he de ir anticipado,
Cuanto mas que hurtando de ladrones
No me parece ser grave pecado,
Ya que no consigamos los perdones
Dichos en el refrán acostumbrado;
Pero tengamos oro por agora,
Porque con él después todo se dora.

»Por tanto, fidelísimo criado,
La noche que ternás aviso mio,
Embarcarás el oro y el recado
Que yo te diere y en aquel navio
Que por mi boca fuere señalado,
Con el recato que de tí confio,
Que si conmigo vas en salvamento,
El galardón habrás á tu contento.»

El paje le responde: «Yo bien quiero
Cumplir en todo vuestro mandamiento;
Pero vuestra merced vea primero
Si podemos salir con el intento,
O si debe tan noble caballero
Honrarse con el tal atrevimiento,
Pues ya sabéis que en las personas altas
Son siempre mas notadas estas faltas.»

«No caben en mí viles intenciones
(Le responde), pues esto yo lo gano,
Y en todos los armados escuadrones
La mas acelerada fué mi mano.»
Llegaron pues al fin destas razones
Al puerto, que tenían ya cercano,
Donde por todos los de aquel asiento
Se le hizo muy gran recibimiento:

Besó las manos al adelantado,
Del cual fué gratamente recibido:
Dióle cuenta de todo lo pasado,
Mas ninguna del oro recogido,
Aunque no pudo ser tan ocultado,
Que callase del todo quien lo vido;
Y el buen viejo también lo pretendia
Para pagar los fletes que debia.

Viendo ser el dinero descubierto,
Y aquella voluntad reconocida,
El don Alonso hizo su concierto,
Efectuando luego su partida
En un navio que salió del puerto
Pocos dias después de su venida,
En el sereno de la noche blanda,
Diciendo que su padre se lo manda.

Mas su voluntad era discrepante,
Y en hecho de verdad no lo sabia.
Hizo pues dar las velas al instante
Por la derrota que le convenia;
Y fué tan venturoso navegante,
Que con buen tiempo fué donde queria,
Estendiendo por corte mas las alas
No sin ostentacion de ricas galas.

Después de don Alonso ser partido,
Diego Lopez de Haro, muy quejoso
Por no cumplir con él lo prometido
Acerca del oficio mas honroso,
Embarcóse tras él harto corrido,
Y el sobrino Martín de Castañoso,
Y Alonso de Guzmán y otros, los cuales
Todos eran personas principales.

Que don Alonso tuvo de franqueza
Lo que suele tener uso profano,
Y de valor, primor y gentileza
Y aviso, lo que puede cortesano,
Al cual cierto pintó naturaleza
Con curiosa y acertada mano;
Pero, segun se vió por esperiencia,
No muy escrupuloso de conciencia.

Viendo su padre pues cómo lo deja
De mil necesidades rodeado,
Del paternal amor también se aleja,
Y enviando poderes y recado,
Ante el emperador formó su queja
Pidiéndole que fuese castigado;
Y el licenciado dicho Villalobos
Como fiscal pidió los tales robos.

Estuvo, segun dicen, en España
Preso des que tuvieron el aviso,
Mas él lo tortuoso que le daña
Enderezó muy bien y hizo liso;
Y en efecto se dió tan buena maña,
Que se salió con todo cuanto quiso,
Y así gozó después con cortesanos
Del industria y trabajo de sus manos.

Acá volvió después pasados años
Para poder mas ampliar su renta:
Visitó deste reino los rebaños,
Do su vida no fué menos exenta,
Pues muchos se quejaron de los daños
Que hizo, de los cuales daré cuenta
Cuando lo deste reino se prosiga:
Que agora Santa Marta me fatiga.

Donde quedó su padre detenido
Con falta de salud y adeudado;
Y así por capitanes fué pedido
Otro descubrimiento deseado,
Y es este nuevo reino do residio,
De quien haré particular tractado,
Porque su nobilísima caterva
Para la cuarta parte se reserva.

Mas visto por el don Pedro Fernandez
Lo que se le pidió con gran instancia,
Prometiéndole de dalle nuevos Andes
O cosa de no menos importancia,
Hizo junta de chicos y de grandes
Para los animar á la ganancia;
Y venidos en un ayuntamiento
Hizoles el siguiente parlamento:

«Caballeros, estas tribulaciones
Que todos padecemos de presente,
No piden gran estruendo de razones,
Pues cada cual de vos en sí las siente;
Pero declararé mis intenciones,
Que van encaminadas solamente
A procuralles dar aquella cura
Que nos encaminare la ventura.

»Habeisme hecho muchos pedimientos,
Con la razon que en ellos se contiene,
Cerca de proseguir descubrimientos
Y la buena noticia que se tiene;
E yo digo ser esos mis intentos
Y lo que mas á todos nos conviene,
Pues mas somos venidos á este puerto
A lo por descubrir que descubiertos.